



CÉSAR
VIDAL
EL JUDÍO
ERRANTE

La leyenda del judío errante se convierte en una atractiva y novedosa recreación de la trágica historia del pueblo judío. Un orfebre judío es sentenciado a la inmortalidad por Jesús cuando le niega un poco de agua en su camino al Calvario. De esta manera, el protagonista se convierte en un testigo de excepción de la odisea del pueblo judío, desde los tiempos de Jesús hasta la creación del estado de Israel. Un pueblo que ha sido expulsado de su tierra, perseguido por Europa, exterminado con saña. Su drama personal, la soledad que le acompaña hasta que la llegada de nuevo del Mesías le permita descansar, lo lleva a realizar un periplo apasionante desde el Siglo I hasta nuestros días: un viaje en el tiempo salpicado de personajes tan relevantes como los Reyes Católicos, Oliver Cromwell, un «apestoso» Karl Marx o un «farsante» Sigmund Freud. En esta nueva novela, Vidal aporta su particular visión y originales anécdotas de un tema de candente actualidad —el pueblo de Israel, sus reivindicaciones, su polémico estado— y su gran conocimiento de temas tan apasionantes como la cábala o los falsos mesías.

Vagarás eternamente y no descansarás hasta mi regreso...

Con estas palabras, Jesús de Nazaret, yendo camino del Calvario, condenó a un joven orfebre judío a seguir vivo hasta que él volviera al final de los tiempos. La razón para imponerle ese destino fue que le había negado un instante de reposo cuando se encaminaba hacia su ejecución en la cruz. Durante los años siguientes, aquel «judío errante» padeció la guerra con Roma en la que fue destruido el Templo, se vio obligado a abandonar su amada Jerusalén, pero, por encima de todo, se convirtió en testigo de excepción de la trágica andadura de su pueblo. El verdadero significado del Apocalipsis, la sublevación del mesías Bar Kojba, los orígenes de la Cabala, los pogromos de 1391, el apoyo de Oliver Cromwell a los judíos, la predicación de Sabbatai Zvi, los primeros escritos de Marx, el surgimiento del sionismo de Herzl, el drama vital de Mahler, los inicios del psicoanálisis freudiano, la juventud oculta de Hitler o el Holocausto son tan sólo algunos de los jalones recorridos por el judío errante a lo largo de un vagar proyectado a través de los milenios.

1

El sol se lanzaba en ininterrumpidas oleadas amarillas y blancas sobre la Cúpula de la Roca. A decir verdad, tuve la sensación de que el edificio azulado era como una especie peregrina de bastión inexpugnable que sujetaba las embestidas del astro de tal manera que sus rayos descendieran mansos y casi embridados sobre la irregular explanada del Templo. En otro tiempo, buena parte de aquella extensión había estado cubierta por un santuario elevado al único Dios verdadero al que se oraba, pero, sobre todo, se propiciaba mediante los sacrificios rigurosamente señalados en la Torah que Moisés había recibido en el Sinaí. A pesar de que prácticamente nada quedaba de la grandeza de antaño —las dos mezquitas no eran un resto de aquel sublime pasado sino una muestra de una ulterior invasión, religiosa y política— no me resultó difícil dejarme llevar por la imaginación, mezcla de lecturas previas y de fantasías acariciadas, para pensar en cómo habría sido todo aquello en su era de mayor gloria. Se trataba de una manera como otra cualquiera de pasar el tiempo mientras esperaba a que llegara mi amigo Shai a recogerme. Era un buen sujeto, Shai. Hijo de una familia de judíos alemanes que, a inicios de los años treinta del Siglo XX, había escapado a Argentina esperándose lo peor de la llegada de Hitler al poder. A decir verdad, no habían temido lo suficiente. Uno de los abuelos había llegado a la conclusión de que el político del bigote a lo Chaplin no iba a durar mucho en el poder y regresó a su amada tierra germana. Acabó sus días en Auschwitz. La vida de Shai era, no podía resultar de otra manera, una

consecuencia de aquellas raíces. Un tiempo en Argentina y un tiempo en Alemania. Luego, la Aliyah, la subida a Israel, el solar histórico de los judíos, para participar en una de las guerras que habían amenazado la existencia del Estado desde su fundación en 1948. Ahora vivía a caballo entre España e Israel y se hallaba entregado a la tarea de que los gentiles conocieran a los judíos y se les fueran las ideas — falsas y nefastas— que al respecto ocupaban sus mentes desde varios siglos antes del nacimiento de Jesús. Por lo que a mí se refería, me resultaba especialmente útil a la hora de callejear por Jerusalén o de buscar por Galilea.

¿Qué tiempo pude estar entregado a aquella observación de la otrora explanada del Templo? No sabría decirlo. Menos de una hora con seguridad, pero ¿fue acaso más de diez minutos, de un cuarto de hora, de media? Sinceramente, no hubiera podido precisarlo. Sí me consta que, en algún momento nada fácil de determinar, me adormilé. Quizá cerré los ojos para sentir mejor una brisa acariciadora y tenuemente fresca que se había levantado. No lo puedo afirmar con certeza, pero el caso es que, de forma imperceptible, pasé de la vigilia al sueño.

Fue un dormitar dulce, suave, sin molestia ni agitación. El mentón debió descender y, apoyado en el tórax, perdí toda conciencia. Cuando me desperté, no pude precisar el tiempo transcurrido. Miré hacia el sol y por su posición me dije que lo más seguro era que no se hubiera tratado de más de unos instantes. Y entonces lo vi. Me estaba observando, eso era cierto, pero llevaba a cabo su comportamiento con discreción, casi me hubiera atrevido a decir que con sutil elegancia. Fisgaba, pero nadie hubiera podido acusarle de no someterse a las reglas más elementales de la obligada cortesía y de la indispensable buena educación.

—«Boker tov» (buenos días) —dijo al fin.

—«Boker tov» —respondí de manera rutinaria. Suponía yo que el recién llegado que me había estado observando durante mi sopor no tenía intención alguna de entablar una

conversación conmigo. Mi hebreo podía resultar pasable a la hora de leer y traducir, pero en el momento en que pretendía utilizarlo como lenguaje de comunicación, ponía de manifiesto unas deficiencias innegables.

—«Aní lo medaver ivrit tov...» —le dije con una sonrisa de excusa y añadí—: «Aní sefaradí...» (no hablo bien hebreo. Soy español).

El hombre —me pregunté qué edad podía tener— me sonrió. No parecía sentirse molesto por mi revelación de manera que pensé que quizá también era un extranjero como yo.

—Puedo... hablar español. Con su permiso —me dijo a la vez que tomaba asiento a mi lado.

—Sí... —respondí ya tarde.

—¿Es su primer viaje a Jerusalén? —me preguntó.

Su acento me resultó peculiar. En Israel, viven centenares de miles de personas cuya lengua materna es el español aunque, por regla general, en sus versiones hispanoamericanas. No hubiera resultado extraño que fuera un judío argentino o uruguayo el que se dirigiera a mí. Sin embargo, aquel hombre no hablaba con acento del otro lado del Atlántico. ¿Podía tratarse de un sefardita cuya lengua materna era el castellano del Siglo XV? Yo había tenido oportunidad de escuchar en varias ocasiones aquel acento entre aquellos judíos que defendían tenaz, casi encarnizadamente, aquella modalidad del castellano denominada ladino y no me había dado esa impresión. La gente que habla en ladino tiene, hasta donde sabía, un acento muy fuerte y la pronunciación de algunas consonantes resulta marcadamente distinta a la del español actual. Desde luego, jamás hubiera pronunciado aquellas jotas con esa resolución. Bueno, no tenía mayor importancia. Lo más seguro es que se tratara de alguien que había aprendido la lengua, como tantos otros en Israel, en los últimos años.

—No —respondí a su pregunta—. En realidad, he venido varias veces a Israel. Estuve aquí una temporada cuando

trabajaba en mi tesis doctoral.

—Ah, ¿sí? Vaya... ¿Era sobre algo relacionado con la arqueología?

—Sólo de pasada —respondí—, pero sí, algo tenía que ver.

—Bueno, al menos no era sobre los palestinos... —dijo el recién llegado.

«Sobre los palestinos...». Había escuchado a varios israelíes referirse al tema con el mismo tono de voz que aquel hombre. Era una mezcla de «usted no tiene ni idea». «¿Contempla con la misma simpatía a los terroristas que actúan en su país?» y «si tan bien le caen, ¿por qué no se los lleva a casa? Aquí hay de sobra». Desde luego, yo no tenía el menor deseo de enzarzarme en una discusión sobre los palestinos.

—Fue una tesis sobre el período del Segundo Templo —respondí desviando la conversación.

—¿El Segundo Templo? —repitió arqueando las cejas—. Vaya... ¿es usted judío?

—No. No lo soy, pero durante años me he dedicado a la investigación sobre ciertos períodos de la historia judía.

—Interesante —dijo el hombre con un tono que me resultó imposible de interpretar. ¿Hablaba en serio o, simplemente, se mostraba cortés?

—Lo es —dije e inmediatamente me di cuenta de que acababa de decir una obviedad.

—¿Tiene usted un cigarrillo?

—No. Lo siento. La verdad es que no fumo.

—Ya... —dijo un tanto desilusionado.

Durante unos segundos se mantuvo en silencio. Puesto que parecía obvio que no era un ladrón, concebí la esperanza de que se marchara de un momento a otro.

—Así que el Segundo Templo...

—Pues sí...

—La verdad es que yo he conocido el Templo en mejores situaciones. Sí, recuerdo cuando estaba en pie.

Sus palabras me sorprendieron. ¿Este templo? Me dije que no podía haberle escuchado bien. El Templo de Jerusalén había sido arrasado por las legiones romanas de Tito en el año 70. Hacía casi dos mil años. ¿Cómo podría haberlo visto en mejores tiempos? Sentí una cierta inquietud. Jerusalén resulta una ciudad especialmente adecuada para la aparición de locos del más diverso pelaje. Se trata de gente que lo mismo anuncia el cercano fin del mundo que se proclama mesías o se presenta como profeta. Desde luego, lo último que me apetecía tener a mi lado en esos momentos era a un trastornado, fuera o no de carácter religioso. Decididamente, tenía que marcharme. Apoyé las manos en la piedra donde estaba sentado y me dispuse a incorporarme. Me encontraba a punto de hacerlo, cuando el hombre volvió la mirada hacia mí y me dijo:

—¿Ha oído hablar de Jesús de Nazaret? Imagino que sí. Bueno, pues yo lo conocí.

2

—Fue hace mucho tiempo por supuesto —añadió con la misma naturalidad que si estuviera indicando dónde se encontraba una calle o cuál era el estado del tiempo—. Déjeme ver... en torno al año 30 de esta era. Sí, más o menos.

Por primera vez me detuve a observar el aspecto del recién llegado. Vestía de manera sencilla, modesta, incluso austera, pero su camisa azulada y su pantalón tejano no parecían pobres y mucho menos sucios. El pelo, escaso, ralo y gris, aparecía pegado al cráneo y se unía con una barba corta, blanca y afilada, como si le hubieran sacado punta con una navaja justo bajo el chato mentón. Las manos, de palma ancha, pero finas, no parecían, sin embargo, las propias de un obrero manual. Todo lo contrario. Habría podido ser un intelectual, un profesor, quizá incluso un artista. ¿Qué edad tendría? Era difícil de calcular. Su buen aspecto obligaba a pensar que se hallaba en algún punto situado entre los cincuenta y cinco y los sesenta años, pero ¿dónde exactamente? Las facciones regulares, el cabello escaso y la sensación de energía dificultaban enormemente la especulación al respecto. En cualquier caso, sin embargo, lo que resultaba inverosímil es que contara con casi dos milenios de existencia.

—Parece usted muy joven para... eso —objeté e inmediatamente me arrepentí de haberlo hecho.

—La juventud es una circunstancia muy relativa —me dijo como si lo que acababa de señalar unos momentos antes resultara totalmente lógico— y, si me permite que se lo diga, al final, no tiene mucha relevancia. Hay jóvenes, incluso

niños, que mueren antes de empezar a vivir y viejos que dilatan su existencia década tras década. En mi caso, en realidad, deberíamos hablar de siglos.

—¿Hay muchos como usted? —pregunté mientras pensaba que sería de desear que mi amigo Shai apareciera de una vez con el automóvil y yo pudiera desaparecer de la presencia de aquel enajenado.

—¿Cómo yo? ¿Se refiere a mi edad? No. Por supuesto que no. ¿En qué cabeza cabe que la gente iba a vivir milenios?

Desde luego, pensé para mis adentros, ¿en qué cabeza podía haber? En ninguna salvo en la suya. La de un enfermo mental.

—Yo mismo —prosiguió—. No estaría aquí si no fuera por Jesús. Como le he señalado antes, lo conocí.

—¿Fue usted uno de sus discípulos? —le pregunté no porque me interesara lo más mínimo lo que pudiera decir, sino porque no deseaba llevarle la contraria antes de que Shai apareciera de una vez.

—¿Quién? ¿Yo? No, por supuesto que no —me respondió con los ojos arqueados por la sorpresa—. Sus discípulos murieron hace mucho. Yo sigo vivo.

Estuve tentado de llevarme las manos a la cabeza. Aquel loco se veía a sí mismo como alguien superior a los discípulos del mismísimo Jesús. ¡Dios mío! ¿Por qué me había tocado a mí? Pero ¿dónde estaba Shai?

—Además la mayoría de los seguidores de Jesús eran galileos. De la zona en torno al mar de Tiberíades. No voy a negar que había algunos de Judea y de Perea, pero, en general, se trataba de pobres gentes del norte.

—Y usted no era galileo, claro.

—No lo soy —me corrigió—. No. Yo nací en Jerusalén. Usted sabe que todavía en la actualidad son infinidad los judíos que compran aquí una tumba para estar entre los primeros en resucitar cuando llegue el mesías. Mi familia no tuvo nunca ese problema. Llevaba aquí desde hacía gene-

raciones. Algunos decían que desde la época de Zorobabel, pero no me atrevería a asegurarlo. ¿Sabe usted quién era Zorobabel?

Sí. Por supuesto que lo sabía, pero no tenía muchas ganas de continuar aquella conversación absurda. A decir verdad, lo único que quería era que llegara Shai, subirme a su coche y desaparecer de aquel lugar. De todas formas, era mejor que yo lo explicara a que él me diera una conferencia al respecto.

—El que inició las obras de construcción del Segundo Templo y uno de los héroes del regreso del destierro de Babilonia —respondí de manera formularia, casi cansina, como si fuera un niño que recita una lección sin el menor interés.

—Sí. Más o menos —aceptó condescendiente—. Pues bien, había gente en casa que pretendía que nuestra familia formaba parte del grupo de Zorobabel, pero a saber... nosotros, los judíos, nos dejamos llevar por la imaginación en algunas ocasiones.

Se detuvo como si esperara alguna observación, pero yo no tenía el menor deseo de apostillar a sus delirantes afirmaciones. Debió de percatarse de ello porque reanudó inmediatamente su relato.

—La gente de Jerusalén en aquella época era... éramos muy especiales. No le voy a decir que todo fuera ideal o maravilloso o feliz porque le mentiría, pero el Templo daba una vida a esta ciudad que no es ni lejanamente posible imaginar ahora. Fíjese. En estos momentos, ¿qué queda de aquello? Nada. Absolutamente nada. En la explanada, dos mezquitas; en el resto del muro, un montón de judíos que no se parecen en nada a los que yo conocí entonces porque van vestidos como en la Edad Media, europea por más señas, ¿y el resto de la ciudad?... ¡Una ciudad como cualquier otra! Entonces, la clave del perdón de los pecados, de la cercanía a Dios, de la proximidad con el Altísimo estaba ahí enfrente. Pero no se trataba sólo de eso. ¡No! ¡Qué

va! Además estaban los pastores que proporcionaban rebaño tras rebaño al Templo para los sacrificios, y los herreros que mantenían debidamente afilados los útiles para el holocausto, y los músicos que entonaban las melodías propias de cada festividad, y los sastres que se ocupaban de las vestimentas de los sacerdotes y... y... y... bueno, hasta los curtidores que aprovechaban las pieles de las bestias ofrecidas a Dios.

Me dije que, efectivamente, la Jerusalén del Siglo I no debía de haber sido muy diferente de lo que comentaba aquel hombre y que, desde luego, había que reconocerle un cierto entusiasmo en el relato.

—Para nosotros, los judíos de aquella época, el Templo constituía el único lugar donde Dios podía ser adorado de una manera correcta y verdadera —dijo mientras clavaba la mirada en la explanada como si viera algo que escapaba a mis ojos—. Por supuesto, las casas y las sinagogas eran lugares de oración, pero la adoración estricta, la que debía realizarse según los preceptos de la Torah, tenía como sede el Templo. Aquel edificio era... ¿cómo le diría yo? De entrada, enorme. Sí, sé que comparado con los que pueden verse en Europa, por no decir en América, resultaba reducido, pero entonces... Bueno, estoy convencido de que debía de ser uno de los monumentos de mayores dimensiones de todo el Imperio. La construcción, como usted seguramente sabe, fue iniciada por Herodes el Grande como medio siglo antes de la época a la que me refiero. ¡Ah! El zorro de Herodes... No era judío, sino idumeo y deseaba congraciarse con nosotros los judíos. Las tareas de edificación duraron décadas. De hecho, sólo concluyeron poco más de un lustro antes de ser destruido por los romanos. Verá.

El judío alargó el brazo y comenzó a señalar hacia la explanada.

—El Templo era de área rectangular, más ancho por el norte que por el sur. ¿Lo comprende? Esa altura sobre la que se hallaba situado es el monte Moria, el lugar donde

Abraham había llevado a su hijo Isaac para ser sacrificado. ¿Me sigue?

Asentí con la cabeza. El individuo, sin ningún género de duda, era un trastornado, pero hubiérase dicho que estaba viendo a la perfección lo que describía.

—En aquella época —dijo mientras trazaba en el aire arcos con ambas manos— el Templo se hallaba rodeado de murallas con almenas. Además tenía cinco puertas y... mire, mire, ahí... entrando por la puerta sur, en poniente, estaba, en primer lugar, el patio destinado a los «goyim», que se llamaba así porque en el mismo podían estar los que no eran judíos.

El hombre se detuvo un instante y dijo:

—A propósito. Usted no es judío, ¿verdad?

—No —respondí un tanto molesto por la insistencia o el olvido de mi interlocutor.

—Sí. Ya lo suponía. Bueno, a lo que íbamos. A una altura de algo más de un metro de este patio, el de los «goyim», se hallaba el santuario. Allí no podían entrar los «goyim», aunque sí tenían la posibilidad de ofrecer, gracias a nuestros sacerdotes, sus ofrendas a Dios. A este patio se accedía a través de nueve puertas. Ahí... ahí... ahí... ahí... ¿Me atiende? ¿Sí? Pues ahí... y ahí... Bueno, y ahora si nos movemos de oriente a poniente, se encontraba el patio de las mujeres, en el que podían pasar las que eran judías, pero sin traspasarlo; el patio de Israel, donde podía penetrar todo varón israelita con la edad adecuada y tras purificarse debidamente y ahí mismo, sí, ahí... separado por una balaustrada baja, se hallaba el patio de los sacerdotes. Ahí, al frente estaba el altar de los holocaustos donde, diariamente, realizaban sus sacrificios los sacerdotes. ¿Me sigue?

Realicé un gesto afirmativo. No estaba seguro de que entendía bien todo lo que me decía e incluso tuve la sensación de que se contradecía en algún detalle con lo que yo sabía o creía saber sobre el lugar, pero me veía obligado a reconocer que no le faltaba elocuencia.

—Bien —dijo—. Pues entonces prosigamos. El Templo, en un sentido estricto, se dividía en el lugar santo, donde estaban el altar del incienso, una mesa para el pan de las proposiciones y la menorah, es decir...

—El candelabro de siete brazos —me adelanté.

—Efectivamente, el candelabro de oro con siete brazos. Tras el santo, se hallaba el santísimo, que estaba separado del anterior mediante una cortina exquisitamente bordada. Dentro del santísimo no había muebles ni, por supuesto, imágenes, porque, como usted sabe, la Torah prohíbe su fabricación y rendirles culto. A decir verdad, sólo existía una piedra grande...

—¿Llegó a verla usted alguna vez? —pregunté con el tono más inocente de voz del que fui capaz.

El judío frunció el entrecejo al escuchar la pregunta. Luego sonrió maliciosamente y dijo:

—Usted sabe de sobra que no. ¿Cómo iba a hacerlo? A ese sitio sólo entraba el Cohen ha-Gadol, el sumo sacerdote, y sólo una vez al año, en Yom Kippur, el Día de la Expiación.

—Sí, claro... —balbucí al comprender que la trampa que le había tendido había sido demasiado burda como para resultar efectiva.

—El servicio cotidiano del Templo —continuó el judío— era algo verdaderamente sin parangón. Imagino que usted habrá tenido ocasión de observar ceremonias católicas u ortodoxas. Quizá incluso ambas. Créame. Nada de nada en comparación con lo que sucedía aquí a diario. Bajo el control único de los sacerdotes, cada mañana y cada tarde se ofrecía un holocausto en favor del pueblo, que consistía en un cordero macho de un año, sin mancha ni defecto, acompañado por una ofrenda de comida y otra de bebida, más la quema de incienso, la música y las oraciones. Claro que también hay que tener en cuenta lo que eran los sacerdotes... Yo imagino que en todas las religiones intentan ser cuidadosos a la hora de escoger el clero, con mayor o me-

nor éxito, pero procurando esmerarse. Bueno, pues le digo lo mismo que con los cultos. Nada en comparación con lo que sucedía en el Templo de Jerusalén. Verá, el acceso al sacerdocio sólo estaba permitido a los descendientes de Aarón, el hermano de Moisés, el hombre utilizado por Dios para librar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, y sus genealogías se custodiaban con esmero precisamente para evitar las intrusiones indeseadas. Bueno, cómo sería todo que incluso había unas reglas muy estrictas para establecer cómo podían y debían contraer matrimonio. Su servicio era esencial para el pueblo de Israel y había que cuidar todos y cada uno de los detalles.

—Debió de ser impresionante —dije con cierta ironía—. Y un tanto caro, ¿no? Me refiero a todo el sistema de culto.

Sin duda alguna, aquellas palabras dejaban traslucir mi incredulidad. Pero el judío estaba demasiado enfrascado en los supuestos recuerdos de tiempos pasados rebosantes de gloria como para advertir lo que había de burlón en mi pregunta.

—Como institución —respondió con tono solemne—, el Templo se mantenía mediante un sistema de contribuciones muy bien elaborado que iba desde los diezmos a una tributación especial y a las ofrendas relacionadas con el rescate de los primogénitos varones y con otras cuestiones. Pero no me distraiga. Le estaba hablando de las fiestas. En mi época, había seis de especial relevancia, a saber: Purim, Pésaj, Pentecostés, Yom Kippur, Sha-vuot y la Dedicación. Su significado...

—Conozco de sobra su significado —dije un tanto harto de aquella exposición que hubiera podido dar un guía de Jerusalén medianamente espabilado.

—Sí... sí, claro... —dijo el judío—. Usted me ha dicho que trabajó con el período del Segundo Templo. Seguramente podría haberme ahorrado toda esta explicación.

—Seguramente —asentí yo con una muestra de malhumor que bordeaba la mala educación.